



Por primera vez, los hermanos Inna, Anatoli y Julia han venido a España juntos. De izda. a dcha. y de arriba abajo: Anatoli con su madre de acogida; Inna, feliz tras su llegada a El Prat; la pequeña Julia sentada sobre su equipaje. La organización Vallés Obert amb els Nens ha gestionado la estancia de más de 1.700 niños ucranianos.

UN VERANO *lejos* de CHERNOBIL

Inna, Julia y Anatoli, tres niños ucranianos que viven cerca de la antigua central nuclear, **pasan el verano con sus familias de acogida** españolas. Hemos compartido con ellos un par de momentos especiales para comprobar que, por unos días, se olvidan de las secuelas que dejó el desastre que asoló su país hace 25 años.

por **Eva Melús** & fotos **Salva López**

25

AÑOS DESPUÉS DEL ACCIDENTE NUCLEAR DE CHERNOBIL,

un radio de 30 kilómetros alrededor de la central ucraniana está oficialmente vedado para la vida humana. Es lo que se conoce como 'zona muerta', en la que sólo habitan los más desesperados. Justo al otro lado de esa frontera fijada en un despacho, la vida sigue su curso. Los vecinos de estos lugares tienen mayor probabilidad de sufrir cáncer, leucemia y otras enfermedades de difícil diagnóstico, pero allí los niños siguen naciendo y creciendo. Inna, de 15 años, ha sacado unas notas buenísimas. Su hermana Julia ya ha empezado a ir al colegio, igual que su hermano Anatoli. Los tres son de Ivankik, una ciudad de 12.000 habitantes a 70 km de la antigua central, y van a pasar el verano con su familia de acogida española. Algunos médicos opinan que el efecto desintoxicante de dos meses en un ambiente limpio de radiación sobre las defensas de estos niños puede prolongarse entre 7 y 8 años. Además, Inna, Julia y Anatoli harán un hueco en su agenda de baños, visitas turísticas y comidas para visitar al pediatra, al oftalmólogo y al dentista.

Inna pasa las vacaciones en casa de María Paños y Francisco Ortiz (ambos de 55 años) desde 2002. Ella es ama de casa y él, empleado de artes gráficas, y viven en La Roca del Vallés, Barcelona, a unos 15 minutos del mar. Este año ha llegado acompañada por primera vez de su hermana pequeña, Julia, que ha celebrado en España su séptimo cumpleaños. Su hermano Anatoli se quedará a vivir con Pili (27), la hija de Francisco y María, que se ha independizado hace unos meses. El niño ya pasó parte del último verano con el matrimonio. La familia que le tocó en un principio lo rechazó, argumentando que era demasiado 'movido' y que tenía problemas con los otros pequeños de la casa. "Es travieso como todos los niños", asegura María. "Pero es un encanto. A veces, cuando hace un trastada, viene, me abraza y me dice con acento ucraniano: 'Te quiero, Marría'. Y entonces yo me derrito", añade. Los organizadores decidieron que Anatoli merecía una segunda oportunidad.



Cada historia es distinta. María decidió acoger después de perder a una de sus mejores amigas por una enfermedad. Unos familiares suyos albergaron a una niña ucraniana durante unos días, y ella pensó que aquel acto podía ayudarle a ver la vida de otra manera. Entonces ignoraba el vuelco que experimentaría su mirada. En el Vallés, la zona en la que vive, Manel Pedraza había fundado en 1995 Vallés Obert amb els Nens (Vallés Abierto con los Niños), una asociación que organizaba estancias temporales de niños ucranianos en diferentes ciudades de toda Cataluña en colaboración con el Centro Doribia de Ivankik, fundado por la Unesco para contrarrestar los efectos de Chernobyl en la población infantil. En los 15 años transcurridos desde 1995, la asociación catalana ha gestionado la estancia de unos 1.700 menores ucranianos.

Antes de decidirse a llamar, María y su marido sólo habían oído hablar de la acogida de niños saharauis y no sabían gran cosa sobre la radiación. La niña que les adjudicaron al principio fue reasignada finalmente a otra familia, que ya había acogido a su hermana. A falta de 15 días de su llegada, les confiaron a Inna, delgadita y muy tímida. "Recuerdo que coincidimos en un parque temático con otra familia de acogida. Después supimos que su niña ucraniana era compañera de colegio de Inna, pero no habían cruzado una palabra", apunta Francisco. En cambio, con la hija de su familia española, Pili, que entonces tenía 19 años, todo fue más fácil. "Es como una hermana mayor", asegura



Arena, sal y un poco de sol hacen milagros en la salud de estos pequeños afectados por el desastre de Chernobyl. En la imagen, junto a su madre de acogida.



QUÉ HACER PARA ACOGER A UN NIÑO

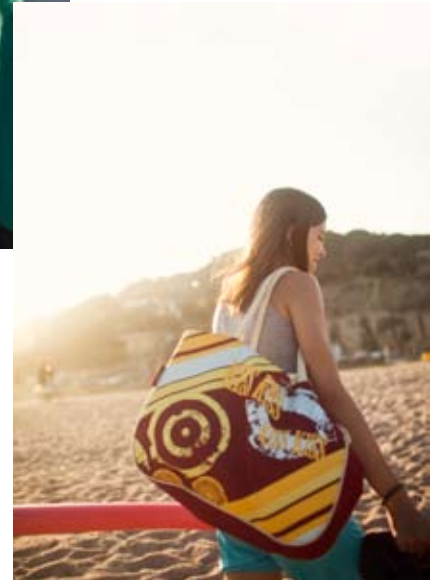
Amigos de Ucrania (Madrid), Todos Somos Niños (Madrid y Toledo), Asociación Benéfica Miguel Vacas (Andalucía), Ucrania Gaztea (País Vasco), Fem Futur (Valencia) y Vallés Obert (Cataluña) organizan estancias temporales de niños ucranianos en España. Los requisitos son distintos en cada caso. En general, se aprecia que las familias tengan hijos de la misma edad que los acogidos, aunque hay casos de parejas maduras con hijos mayores. La asociación suele entrevistar a los solicitantes en su casa antes de emitir un informe de idoneidad.

DOS MESES EN UN AMBIENTE LIMPIO DE RADIACIÓN MEJORAN LAS DEFENSAS DE ESTOS PEQUEÑOS A LO LARGO DE 7 U 8 AÑOS





Los dos hermanos acogidos sonríen y bromean tras un divertido día de chapuzones en el Mediterráneo. Bajo estas líneas, Inna, la mayor, con su bolsa de playa al hombro.



ALLÍ NO PUEDEN BEBER LECHE POR LA RADIACIÓN; AQUÍ, SE TOMAN 3 YOGURES Y 2 O 3 VASOS DE LECHE AL DÍA

Inna. Esta adolescente nació diez años después de la crisis de Chernobil, pero para ella la radiación es como una mancha invisible. “No habla nunca de eso. Creo que lo considera una especie de vergüenza”, explica María. La abuela de Inna era conductora de autobuses de la central nuclear y su padre, abogado, también trabajaba en Chernobil. Muchos de los episodios médicos en su familia están directa o indirectamente relacionados con la radiación. La misma Inna ha sufrido problemas cardíacos, y el año pasado operaron a Julia de una verruga en la lengua.

La crisis económica que siguió al accidente también les castigó. La madre de Inna, que es economista, el padre, los tres hijos y a veces la abuela viven en un piso alquilado de una sola habitación. Como en muchas casas de la zona, no hay baño, sólo una modesta letrina. “A ellos les sonroja un poco su nivel de vida. Yo soy un obrero. Sus padres, en cambio, tienen estudios y viven peor que nosotros”, explica Francisco. No hay recelos. Los lazos entre las dos partes se estrecharon desde la primera visita de Inna. “Para mí, son como mi familia”, asegura María. El contacto es permanente. “Los padres de Inna nos piden consejo sobre todo lo que tiene que ver con ella, incluido el colegio. Cuando tuvo que escoger si estudiar francés o alemán, nos preguntaron”, explica Francisco.

María ha viajado nueve veces a Ucrania con Vallés Obert. La ONG suele montar una expedición en octubre para llevar ayuda humanitaria a diferentes orfanatos y organizar la selección de niños nuevos. Los que repiten son invitados por su familia de acogida, que paga su billete. Algunas veces, María ha ido acompañada por su marido y su hija. Siempre se aloja con su familia ucraniana. “Me encanta el país y su gente. Hay quien me pregunta si no tengo miedo a la radiación, pero si ellos comen determinados alimentos yo también puedo”, declara. El consumo de setas o de leche está limitado. La radiación afecta especialmente al suelo y por tanto a los pastos; por eso, los lácteos son un producto de lujo en Ucrania. “Desde que está en casa, Julia puede tomarse dos o tres yogures y dos o tres vasos de leche al día. Le encanta”, cuenta María. La niña, pizpireta y



espontánea como ella sola, no puede esconder la cara de ilusión cuando ve la nevera repleta, igual que Anatoli, que en pocos días ha ganado peso. Inna ha llegado a engordar hasta nueve kilos en sus visitas a La Roca del Vallés. “Al principio no me gustaba la paella. Las gambas me parecían una cosa rara”, recuerda la joven.

Los horarios también son distintos, y los primeros días echaba de menos los potentes desayunos ucranianos o el *borsch*, una típica sopa de remolacha, col, tomate y carne. Los ataques de nostalgia son un problema clásico, que compite directamente con los que crea la abundancia de comida: muchas de las familias de acogida llenan los platos y se desesperan cuando sus pequeños huéspedes no se los acaban. En una ocasión, las monitoras ucranianas (que permanecen en España durante toda la estancia de los niños) recibieron una llamada porque una niña a la que quisieron agasajar con una mesa repleta no paraba de llorar. Y no cesó hasta que lograron hacerle entender que no era obligatorio comérselo todo. La diferencia de idioma crea alguna que otra situación tanto incómoda como divertida. Eso sí, la mayoría de los niños comprende el español básico a las dos o tres semanas de estar aquí. Con un poco de buena voluntad, es fácil entenderse. Como muestra, los abrazos de oso que da Anatoli después de que algo le haya hecho sonreír. ■